

en su opinion general. El clero estaba vivamente dividido sobre el sistema de Galileo. Emulos, despechos, rivalidades, y todas las pasiones mezquinas que, á nuestros mismos ojos hacen mover los resortes de la intriga bajo el manto de la severidad académica de los cuerpos sábios, en una palabra, la naturaleza humana existia con sus debilidades y sus miserias en el tiempo de Galileo como en el nuestro; y si Galileo mismo no hubiese sido el primero en pagarle el tributo empezando por su arrebato de furia, y despues siguiendo por su debilidad; es probable, como nos lo dicen sus amigos, que no hubiera llegado á ser su víctima. Dominicos y Jesuitas le acusaron, pero Jesuitas y Dominicos le defendieron; prelados numerosos y eminentes le protegieron; Papas hubo que adoptaron su sistema, ó mas bien el sistema de Copérnico, sacerdote católico, que habia sido el primero en sostenerlo, dedicando su esposicion al papa Paulo III, con grande admiracion del cardenal Schomberg y del obispo de Culm, que alentaron su publicacion, y del obispo de Emersland, el cual habia erigido un monumento para perpetuar la memoria de este descubrimiento brillante. Galileo pudo propagar desde luego este sistema con una entera tolerancia, ó mas bien con el favor de la admiracion, ó mejor diria entusiasmo que suscitaron en toda la Italia sus inveciones astronómicas. Y mucho mas aun: en el año mismo en que empezaron las persecuciones que se atrajo, en 1615, y despues en 1622, apologías de su persona y tratados de su sistema salieron espléndidamente del fondo de los monasterios, bajo el patrocinio de Cardenales y de generales de Orden, y con aprobacion de la autoridad eclesiástica; en fin, en 1624, en el tiempo mismo en que mas abuso hacia de tan generoso concurso, fué recibido, abrazado, festejado, pensionado por el papa Urbano VIII, con la sola condicion de ser mas circunspecto en la esposicion de su sistema,

en vista de la heregía que lo convertia entonces en una arma contra la Iglesia. “La pension concedida por Urbano, dice sir David Brewster, no era una de aquellas recompensas que los soberanos dispensan alguna vez á los servicios de sus súbditos. Galileo era extranjero en Roma, y el soberano de los Estados de la Iglesia no tenia con él la menor obligacion. Así pues, debemos mirar esta pension como una dádiva del Pontífice romano hecha á la misma ciencia, y como una declaracion al mundo cristiano que la Religion no tenia envidia de la filosofía, y que la Iglesia romana respetaba y alimentaba donde quiera el ingenio humano.” (*Los Mártires de la ciencia*, por sir David Brewster.)

Tenemos ya esta cuestion del proceso de Galileo medio ilustrada; y si lo fuese completamente, viérase salir, depurado de los nublados de la prevencion y del error sistemático que nos lo desfiguran un siglo hace, el noble y majestuoso semblante de la Iglesia, admirada de causar miedo á la ciencia que ella amamantó en su cuna, y de no ser reconocida como madre suya por hijos engañados.

Este mismo espíritu de prevencion y de error, que bajo el nombre de luces se ha empeñado en derramar las negras sombras de la calumnia sobre el carácter divino de la Iglesia, ha sabido disimular muy bien bajo un velo oscuro y silencioso la realidad de las faltas en que estaba interesado el honor del Protestantismo.

Así, merced a ese criminal artificio, todo el mundo cree saber que la Iglesia ha perseguido á Galileo, y que para este grande hombre, y para la ciencia que él representaba no ha tenido sino cadenas y casi una hoguera; y todo el mundo ignora que un hombre, mas grande aún que Galileo, fué realmente perseguido por la ciencia, por la misma ciencia, por el mismo sistema; que en una pa-



labra, el verdadero romance de Galileo existe; tan solo hay que cambiar dos palabras: en lugar del Catolicismo, poned el Protestantismo, y en lugar de Galileo poned á Keplero;—añadid que, en su persecucion, fué acogido por los Jesuitas.

“Este hombre admirable, dice su biógrafo, que descubrió las leyes del mundo planetario, nació en Weil, ciudad de la Suabia. Los teólogos de Tubingen condenaron su descubrimiento, porque la Biblia enseña, decian, que el sol gira al rededor de la tierra. Keplero queria ya destruir su obra, cuando se le ofreció un asilo en Grætz, desde donde fué llamado despues á la corte de Rodolfo. Los Jesuitas, mejores apreciadores de su mérito, le toleraron, aunque no ocultase jamas su luteranismo. Entonces se contentaron sus enemigos con perseguirle en secreto; y su madre, que se vió acusada de sortilegio, pudo apenas escapar de la hoguera.” (El baron de Breitschwerdt, *Vida é influencia de Keplero, sacada de nuevas fuentes originales*; Stuttg. 1831. Cf. A. Menzel, tomo V, pág. 117-126).

La conducta del Protestantismo con respecto á Keplero y su madre no fué mas que la aplicacion, mas ruidosa por el grande nombre de Keplero, de su proceder ordinario. Siendo la Biblia la sola y única regla de la doctrina religiosa, todo lo que podia separarse de ella era bruscamente perseguido; y en cuanto á la locura y á la inhumanidad de los procesos de sortilegio y de magia que han descarriado tantos espíritus, y retardado el movimiento de la ciencia, á menudo implicada en tales procesos, bueno es que se sepa por fin que es el Catolicismo, que son los *Jesuitas* los primeros que se han levantado con mas fuerza contra estas barbaries, y que los doctores protestantes son los últimos que las han sostenido y profesado.

No creemos se nos niegue la justicia de observar que

tenemos la costumbre de apoyar cada una de nuestras aserciones sobre hechos precisos, de lo cual se han dispensado por lo comun los adversarios de la Iglesia, y continúan usandó de esta dispensa. Por lo que hace á nosotros, no tenemos todavía crédito bastante: debemos probar; probemos pues.

Desde 1593 el católico Corn. Loos, de Mayencia, tuvo el valor de protestar contra los errores vulgares en materias de hechicería. En 1632 el jesuita Tanner, y en 1635 el P. Federico Spé, lucharon con energía y feliz éxito contra los mismos desvaríos, é hicieron ante los soberanos de la Germania el proceso en forma á tan odiosos como salvajes procedimientos (1).—Algo mas tarde, en 1666, Benito Carpzow, de Leipzig, á quien llamaban el legislador de la Sajonia, y cuyas opiniones eran de gran peso en materias de derecho canónico ó criminal, y en 1689, casi en el siglo décimooctavo, Juan Enrique Pott, célebre profesor de la universidad de Iena; protestantes, sostuvieron tenazmente que debia perseguirse con los mas severos castigos no solamente la hechicería, sino aun, y esto es mas notable, á los que negaban la realidad de los pactos diabólicos; imprimiendo escritos sobre tales materias, cuyos títulos eran como por ejemplo el siguiente: *Denefando lamiarum cum diavolo coitu* (2).

[1] Fr. Spé. *Cautio criminalis sive de processibus contra sagas, liber ad magistratus Germ. hoc tempore necessarius etc.* Rinthel, 1631.

(2) El célebre proeeso de Urbano Grandier, cura de Loudun, es de 1634, es decir, de sesenta años antes.

En segundo lugar es un suceso ó acontecimiento, y no un tratado *ex professo* para la hechicería, como los que publicaban entonces y despues los Protestantes.

En tercer lugar, era reprobado, bajo este punto de vista, por los tratados católicos contra las brujerías, que hemos citado, y que eran contemporáneos ó anteriores.



Por lo demas, en todo esto el Protestantismo no hacia sino agarrarse de la ortodoxia de Lutero, y de sus otros fundadores, que decian tener comercio con el diablo. Pretendia Lutero haber sido enseñado por aquel doctor singular, haber tenido entrevistas y discusiones teológicas con él, y haber sido llevado hasta á *suprimir la misa* por la victoria que sobre él alcanzó aquel lógico terrible; "y no hay para que admirarse de ello, dice, porque la lógica del diablo iba acompañada de una voz tan espantosa, que la sangre se helaba en mis venas.... Entonces comprendí, añade, como sucede muchas veces que las personas mueren repentinamente; y es porque el diablo puede matar ó ahogar á los hombres; y aun sin ir tan lejos, los pone, cuando disputa con ellos, en un embarazo tal, que puede tambien causarles la muerte, y esto esperimenté muchas veces por mí mismo." (*De Abrog. miss. priv.*, t. VII, pág. 216).

Zuinglio, fundador del Protestantismo en Suiza, fué igualmente asistido de un cierto diablo ó espectro, *blanco, ó negro*, dice, en la investigacion de las razones que determinaron la negacion del dogma de la Eucaristía. Y como no supiese él qué responder al secretario de la ciudad, que le apretaba sobre este punto: ¡*Cobarde*, le dijo el fantasma, *por qué no respondes lo que está escrito en el Exodo [el cordero es la pascua, para decir que no es mas que su signo]!* Y en virtud de esta razon tan grave como persuasiva, fué suprimida la Eucaristía. (*Hosp.* 2, part. 25).

Melancton, el mas honrado de los primeros reforma-

En cuarto lugar, sabido es que bajo el nombre de hechicería este proceso era un proceso de venganza del cardenal Richelieu, contra el cual el desgraciado Urbano Grandier habia tenido la temeridad de arrojar un folleto titulado: *La Franciscana de Loudun*. (Véase la *Historia de los diablos de Loudun, ó crueles esfuerzos de la venganza de Richelieu*; Aubin 1716).

dores, estaba asimismo entregado á las preocupaciones y á las manías de la mas ridícula supersticion: una inundacion del Tíber, el nacimiento de un mulo monstruoso con un pié de grulla, en Roma, y la de un becerro con dos cabezas en el territorio de Augsbourg, son para él otros tantos pronósticos infalibles de la próxima ruina de Roma y del triunfo de la Reforma.

De semejantes inspiraciones salió el Protestantismo, y por tales estravagancias aspira al título de emancipador del espíritu humano, y al derecho de acusar á la Iglesia de supersticion y de fanatismo.

La misma noche que el Protestantismo ha amasado en derredor de sí, le ha sustraído á la mirada, propicia á él de otra parte, tanto como torva para el Catolicismo, de la historia moderna, y ha favorecido la opinion anticipada que le atribuye un lugar ventajoso en el progreso de las luces, llevando consigo la acusacion de tinieblas contra la Iglesia.

La verdad se halla cabalmente en el reverso de esta opinion. La Iglesia ha disputado el mundo á las tinieblas que la heregía derramaba sobre él, y solo á fuerza de ciencia y de luces, no menos que de santidad, ha llegado á asegurar la marcha de la civilizacion, gravemente comprometida por el Protestantismo.

Y este es al mismo tiempo uno de los mas bellos y curiosos espectáculos que nos presenta la historia, desde el siglo décimosexto, y que historiadores protestantes imparciales, y dignos por esto mismo de haber vuelto ó de volver al Catolicismo, han trazado con brillante pincel, y con asombro grande de la opinion pervertida.

Un apologista de la Reforma se ha desde luego encargado de borrar en alguna manera por su propia mano, y por un último rasgo de su pluma arrastrada por la verdad, todas las páginas precedentes, en que habia probado con fatiga luchar contra ella.



“Es una verdad el decir, dice Cárlos de Villers, que la Reforma ha *momentáneamente* (esta sola palabra de reserva se halla tambien borrada por el cuadro que va á seguir) hecho retrogradar las luces y la cultura de las ciencias. Figúrense las devastaciones inauditas de que fué teatro la desgraciada Alemania; la guerra de los Paisanos de Suabia y de Franconia; la de los Anabaptistas de Munster; la de la liga de Smalkalde contra Cárlos V; la que duró hasta el tratado de Wetsfalia, y aun despues de este tratado hasta su completa estincion. Por ella se vió transformado el Imperio en un cementerio inmenso, sepulcro de dos generaciones. Las ciudades reducidas á cenizas; las escuelas desiertas; los campos abandonados; las manufacturas incendiadas; agriados los ánimos, y exasperados por sus largas divisiones. Católicos, Luteranos, Calvinistas, Anabaptistas, Moravos se acusaban los unos á los otros, y se atribuian las numerosas llagas de la patria; de esta patria, no solamente desgarrada por sus propios hijos, sino entregada á los bandos españoles é italianos, á los fanáticos de la Bohemia, á las hordas turcas, á los ejércitos franceses, suecos y dinamarqueses, que habian llevado á ella la carnicería y la desolacion de una guerra civil y religiosa. Muy largo tiempo necesita un país para repararse de una tal conmocion y de una ruina como esta. Así vemos la nacion alemana, despues de haber hecho al principio grandes progresos en la ciencia, durante la paz (1), reincidir, durante una parte del siglo décimoséptimo, en un estado muy cerca de la barbarie. Y no es solo en su suelo natal allí donde su causa fué combatida con tanta tenacidad, y en que la Reforma ocasionó crueles trastornos. No pudo escaparse de

(1) Vamos á ver dentro de un instante á quién fué debido este movimiento en los estudios.

ellos la Francia; pero las turbulencias de este país no fueron tan largas como las de la Alemania. Esta última region se encontraba en el mas deplorable estado, cuando la Francia tenia curadas ya sus heridas, y habia llegado al apogeo de su gloria política y literaria (1). Los Países Bajos fueron el teatro de la lucha convulsiva de la España contra la nueva república holandesa. Los males que de ello resultaron para sus hermosas provincias igualaron casi á los del resto del Imperio. En fin, la Inglaterra se vió abandonada á dos conmociones intestinas, que hemos recordado mas arriba en el artículo sobre esta potencia. Y lo dicho es suficiente para verse obligado á convenir en que, desde la inundacion de los pueblos del Norte sobre el imperio romano, ningun acontecimiento habia aun provocado en Europa estragos tan largos y tan universales como la guerra encendida por el foco de la Reforma. Y bajo este respecto es harto verdadero que ella ha retardado la cultura general.” *Ensayo sobre el espíritu y la reforma de Lutero*, por Cárlos de Willers, quinta edicion, pág. 225].

El Sr. de Villers se esfuerza despues en salvar las consecuencias de esta confesion, diciendo ser los adversarios de la Reforma los que, por haberla querido ahogar con la sangre de sus sectarios, fueron los únicos culpables de los males que de ella resultaron, y que, de otra parte, despues de aquel cataclismo, los beneficios de la Reforma se hicieron sentir de nuevo en la mejor direccion y en el libre movimiento de los espíritus.

Pero muy breves reflexiones van á arrebatarnos el beneficio de sus reservas, y asegurarnos el de sus confesiones.

Compárese si no la manera con que se estableció el

(1) ¿Y por qué esto, sino porque el Catolicismo habia tomado la ventaja?



Cristianismo y la manera con que se estableció el Protestantismo, y júzguese de esta pretendida reforma del Cristianismo por el propio Cristianismo. Y ¡qué! ¿se pretende haber reformado por medio de violencias, de guerras, de devastaciones, de esterminios inauditos, una religion que profesa el horror de las guerras, de las devastaciones y de los esterminios! ¡Una religion toda de paz, de mansedumbre y de caridad, que prohíbe hacer, decir, pensar hasta el menor mal, ¿qué digo yo? que manda volver el bien por el mal! Admito que el Catolicismo haya querido, como se dice, ahogar la Reforma en la sangre de sus sectarios; ¿y el Paganismo no quiso ahogar también al Cristianismo del mismo modo? ¿Qué hicieron los Cristianos, no obstante, y qué han hecho los reformados? “Una sola noche con algunas teas incendiarias bastaria, decian los primeros, si nos fuese lícito volver el mal por el mal; pero no permita Dios que una religion divina recurra á medios humanos para vengarse, ó que se deje abatir por las pruebas.” (Tertuliano, *Apologético*). — “Los monarcas, los príncipes y los señores que forman parte de la turba de la Sodoma romana, decian los segundos, deben ser atacados con toda especie de armas, y es necesario que nos lavemos las manos en su sangre.” (Lutero, *del Papado de Roma instituido por el diablo*). — Asi es como se reformaba el Cristianismo (1).

(1) La reforma se ha visto obligada á condenar en este punto y abjurar el Cristianismo por el órgano de sus mas fervientes doctores. Para justificar á los Reformados de la conjuracion de Amboise, por la cual empezaron todas las guerras de religion en Francia, Jurieu, en su *Apología de la Reforma*, se espresa en estos términos: “La tiranía de los príncipes de Guisa no podia destruirse sino por una *grande efusion de sangre*: verdad es que el espíritu del Cristianismo no sufre semejante medio; mas si se juzga de esta empresa por las reglas de la moral del mundo, no es de modo alguno criminal.” (*Apol. de la Ref.*, parte I, cap. xv).

Es falso, ádemas, el decir que el Catolicismo haya querido ahogar la Reforma en la sangre de sus sectarios, y esta fuese la causa de todas sus guerras. El Catolicismo no quiso dejarse destruir por el Protestantismo: este es quien atacó, quien oprimió, quien ahogó desde luego el Catolicismo en Dinamarca, en Suecia, en Bohemia, en Suiza, en Inglaterra, en Escocia, y quien, en su marcha agresiva y subersiva, vino despues á atacar á la Francia y al Austria. La sociedad católica, en cuánto á sociedad, ¿tenia el derecho de defenderse? Hé aquí la cuestion.

Resta ahora saber si al Protestantismo es á quien se le debe la conservacion de las luces, al traves de esa prolongada época de guerras y de trastornos, y el brillo que tuvieron despues. Tal es la cuestion que resta para examinar.

El Protestantismo ha sido rechazado y contenido por dos fuerzas, la una material y violenta, como la que él empleaba, la otra puramente espiritual y moral.

La fuerza material y violenta fué empleada contra él por la sociedad civil, la fuerza espiritual y moral lo fué por la Iglesia.

Y al empleo admirable de esta última fuerza débese sobre todo la conservacion de las luces y la salud de la civilizacion.

Cuando el Protestantismo hubo desbordado en Alemania, en Suecia, en Dinamarca, en Holanda, en Inglaterra, amenazado invadir todo el órbe católico, la Iglesia para hacerle frente se afirmó en su disciplina, y apeló en lo interior de si misma á todas las fuerzas divinas que Cristo habia depositado en ella. Se reformó, se purificó, se santificó, desde los sumos Pontífices sobre el trono de san Pedro, hasta el mas oscuro religioso en el retiro de su celda. Mas, al propio tiempo que apeló á la santidad, no dejó de hacer un llamamiento á la ciencia; y en las Ordenes nuevas que produjo, así como en las que



reformó para combatir la herejía. no se exigieron menos las luces que las virtudes, y unas y otras fueron igualmente el objeto de la profesion religiosa.

Uno de los caractéres mas maravillosos de la Iglesia es esta propiedad que siempre ha tenido de producir Ordenes religiosas, en razon de las necesidades de la civilizacion, y de la accion que ha tenido que ejercer sobre ella. Segun los diversos estados, los diversos males, los diversos peligros de la sociedad, se ha visto siempre á la Iglesia, de su único tronco y de su única sustancia; echar diversos vástagos, producir institutos especiales y á propósito para estas necesidades, para estos males, para estos peligros, como un solo árbol, cuya sávia, sin necesidad del engerto, produjera por sí misma y sucesivamente diversos ramos llevando toda especie de frutos. La historia de la Iglesia, estudiada bajo este punto de vista, seria uno de los mas curiosos espectáculos para el observador; y pudiera hacerse sobre esta materia un precioso libro, en el cual debiera hacerse notar el incesante fenómeno, á saber, que desde el momento en que la sociedad se veia en una gran necesidad, en un grave mal, ó en un inminente peligro, el espíritu de amor y de sacrificio, cuyo ardiente foco es la Iglesia, iba á despertar una solicitud proporcionada en el alma de algún cristiano, colocado por su nacimiento, por sus costumbres y su condicion al extremo opuesto casi siempre de esta solicitud, y haciéndole concebir la prodigiosa resolucion de emprender la radical curacion de un mal universal, por remedios heróicos tomados en la profesion especial de las virtudes mas opuestas á este mal, y llevadas á un rigor extravagante, si se considera en sí mismo, pero perfectamente lógico, necesario y calculado si se le mide con la necesidad ó con el peligro al cual ha de servir de contrapeso. De este modo pudiera leerse la historia de las costumbres y de la civilizacion europea en la histo-

ria de las Ordenes religiosas. Sucedia alguna vez que el espíritu del error, interesado en recomendarse por alguna apariencia de virtud, tomaba la delantera sobre la Iglesia, y se metia á reformador; mas, como vimos ya, esto no era mas que un juego grosero de reforma, á cuyo favor la disolucion adelantaba mas rápida, y que provocaba en la Iglesia un esfuerzo mayor de reforma verdadera; lo cual inspiró al Sr. de Maistre, hablando de los herejes, aquella feliz espresion: *Ellos se deforman, y nos reforman*. Ya antes del Protestantismo los Vaudenses y los Albigenses habian afectado la pobreza y el apostolado evangélico, de que la sociedad civil y religiosa tenia entonces grande necesidad. Mas esta falsa pobreza y este falso apostolado no habian hecho mas que añadir el Comunismo á la avidez, y la revuelta al escandalo, el mal al mal. La Iglesia, doblemente solícita por su divina mision en crear remedios, produjo entonces dos Ordenes célebres que opusieron verdaderos pobres y verdaderos apóstoles á los falsos pobres y á los falsos apóstoles; los Franciscanos á los Vaudenses, y los Dominicos á los Albigenses. *Entre estos herejes, dice Mezeray, habia que se llamaban los POBRES, y otros que se llamaban los HUMILDES. Los primeros hacian profesion de una pobreza evangélica; los segundos se encargaban de predicar donde quiera se encontraban. Para contrarrestarlos fueron instituidas dos Ordenes religiosas, á saber, HERMANOS MENORES ó FRANCISCANOS, y HERMANOS PREDICADORES ó JACOBINOS. Aquellos fueron fundados en Italia por san Francisco de Asis, hijo de un rico negociante; estos en Languedoc por santo Domingo, de la noble casa de Guzman en España, y canónigo de Osma; que habia venido á esta provincia con su obispo para convertir á los Albigenses.* (Resúmen cronol. tomo II, pág. 618).

Del mismo modo, cuando el Protestantismo hubo emprendido su falsa reforma, la Iglesia, cuya mision divi-



na es la de *contrarrestar* al error y al mal sobre la tierra, creó Ordenes nuevas con la mira de combatirlo.

Y entre estas nuevas Ordenes deben ponerse en primera linea los *Jesuitas*.

Y no será posible dar jamás razon de esta Orden célebre, si no se la considera con respecto á la especialidad de la funcion que le es propia.

Esta funcion, decimos, que era combatir el Protestantismo y servirle de contrapeso en el mundo.

Si quiere apreciarse, pues, el instituto de los Jesuitas, preciso es considerarlo como un contrapeso completo del Protestantismo, haciéndose cargo de todo cuanto debe tener de absoluto una organizacion, cuyo objeto era la guerra.

La guerra á la revuelta por el voto de la mas absoluta obediencia; la guerra á la division por la mas firme adhesion al centro de la unidad; la guerra á la licencia del libre exámen en materia de fé, y á la tiranía de las opiniones que es su consecuencia, por la sumision ciega á la doctrina católica, así como por la mayor libertad posible en todo lo que es de pura opinion; la guerra á la confusion y á la anarquía por la mas fuerte organizacion jerárquica, funcionando con la mas consumada prudencia y con la mas meditada prevision; la guerra á todos los vicios por todas las virtudes, y á todo género de tinieblas por todo género de luces; y para decirlo todo en una palabra, la guerra á la disolucion social y á la bárbarie por todas las condiciones de la verdadera civilizacion llevadas á su último extremo, y amoldadas en cierto modo cual convenia para tan gran combate.

Y lo que pretendemos sobre todo hacer observar, es que entre estas condiciones, y en primera línea, se hallaban la ciencia, la instruccion, las luces en todo género; como si la Orden de los Jesuitas hubiese debido ser un cuerpo sábio y literario, encargado del apostolado de la

ciencia como del de la fé, por haberlas puesto a entrambas en igual peligro el Protestantismo.

El éxito correspondió admirablemente á los preparativos. Cuando los Jesuitas entraron en campaña, parecia que una verdadera barbarie iba á estenderse sobre la Alemania, cuna del Protestantismo. Las universidades estaban en decadencia y amenazaban ruina. El pueblo habia caido en la mas profunda ignorancia, y las tinieblas iban ganando terreno, aun en los países católicos circunvecinos, como el Austria. Esta situacion impulsó á Fernando I á pedir Jesuitas en 1551. Entre los que fueron enviados se distinguen Jay y Canisio. Por medio de instrucciones seguidas, predicaciones frecuentes, una nueva organizacion de la universidad de Viena, la publicacion de un nuevo catecismo y la prudente administracion de la diócesis, detuvieron el progreso del Protestantismo, y hasta hicieron volver gran número de protestantes al seno de la Iglesia. Fundaron al mismo tiempo el célebre colegio de Friburgo en Suiza. Conducidos luego por idénticas circunstancias á Baviera, despues á Munich, supieron despertar allí el gusto de los estudios clásicos, cuya enseñanza proscribian los Protestantes como una ocupacion mundana, inútil y peligrosa. Fundaron sucesivamente colegios en Colonia [1556]; Tréveris [1561]; Mayencia (1562); Augsbourg, Dillingen [1563]; Paderborn (1585); Wurtzbourg [1586]; Munster y Saltzbourg [1588]; Bamberg (1595); Amberes, Praga, Posen, y en otras comarcas. Por todos estos focos de luces disiparon la noche de la ignorancia que se condenaba mas y mas, y recondujeron los pueblos á la fe católica por el camino de la ciencia y de la instruccion: Sus notables trabajos sobre todas las partes de la Teología, de la Filosofía y de la Filología se esparcieron por todas partes. Tales fueron los trabajos de Turselin [*de Particulis linguæ latinæ*], de Vigier (*de Idiotismis*



*lingua graecae*) sobre la gramática; de Juan Perpinian, Jaime Pontano, Vernuleo y otros, sobre la buena latinidad; de Jaime Balde, Sarbiewski, Jouveney, Vanière, Spé, sobre la poesía; de Clavio, Hell, Scheiner, Schall, de Bell, Poczobut, Wilna, sobre las matemáticas y la astronomía; de Kircher, Nieremberg, Raczynski, sobre la historia natural; de Acunha, Charlevoix, Dobrizhofer, Gerbillon, sobre la geografía; de Aquaviva, Mariana, Ribadeneira, sobre la historia y las ciencias políticas (1). No hay, en una palabra, una senda del espíritu humano en la que no se encuentren profundamente impresas las huellas de los Jesuitas.

Por último, mientras que ellos disputaban con ventaja el terreno á la ignorancia y al Protestantismo en Alemania, purificaban y reformaban las costumbres con no menos éxito en los países católicos, particularmente en Italia y en Portugal, y obraban á la vez sobre todos los puntos, desplegando mas ó menos especialmente, segun era necesario, su actividad moral, dogmática y científica, enlazando siempre por un maravilloso método y una sabia disciplina la ciencia, las costumbres y la fe.

Y no limitó á la Iglesia su prodigiosa fecundidad á esta Orden célebre; sino que produjo otras al mismo objeto de arrebatarse el mundo á la heregía y á la ignorancia por la instruccion y por la fe. Tales fueron mas particularmente los *Teatinos*, que como predicadores vinieron á ser un semillero para el alto clero;—los *Barnabitas*, destinados principalmente á la instruccion de la juventud, y al cuidado de los seminarios;—los *Oratorianos*, fundados por Felipe de Neri en Italia, y por el cardenal de Berulle en Francia, cuyo principal objeto era

1] Winter, *historia de la doctrina evangélica en Baviera*, tomo II, pág. 187. Smetz, *¿Qué es lo que el Orden de los Jesuitas ha hecho para la ciencia?* Aix-la-Chapelle 1834.—Alzog, *Historia de la Iglesia*, tomo IV, pág. 129.

la instrucción de la juventud, y que al mismo tiempo se dieron desde el principio á elevados é importantes estudios, y formaron sabios ilustres y grandes predicadores, tales como Baronio, Oderico, Raynoldo, Galloni en Italia; y en Francia Malebranche, Morin, Thomasino, Ricardo Simon, Bernardo Lamy, Houbigant, Massillon;—los *Benedictinos* reformados, cuyo nombre vino á ser sinónimo de la ciencia misma, á los cuales debemos la conservacion de los mas preciosos libros clásicos de la antigüedad, “de los cuales un solo convento, dice Gibbon, contribuyó mas á la literatura que nuestras dos “universidades de Oxford y de Cambridge;” y que dieron al mundo á Mabillon, Montfaucon, Ruinart, Thuillier, Martène, Durand, d’Achery, le Nourry, Mortianay, y trabajos colectivos que han sido como los profundos manantiales, los vastos receptáculos de los conocimientos humanos.

La Iglesia, al paso que ilustraba la parte superior de la humanidad, no descuidaba las clases inferiores, pues creó Ordenes espresas para educarlas por la instruccion, fijándolas tambien en el deber por medio de la fe. Tal fué la congregacion de los *Somascos* y de los *Piaristas*, destinados especialmente á la instruccion de los pueblos del campo, y sobre todo, á la educacion de los huérfanos;—los *Padres de la doctrina cristiana*, y mas adelante los *Hermanos de la doctrina cristiana*, cuya instruccion primaria se ha hecho superior, á fuerza de mérito, á fuerza de servicios, á las mas odiosas prevenciones; y para la educacion de las niñas, las *Ursulinas* y las *Hermanas de las escuelas del Niño Jesus*.—No he de hacer mas que nombrar á los *Sacerdotes de la Mision ó Lazaristas*, y las *Hijas de la Caridad ó Hermanas pardas* (Sœurs grises), estos ángeles custodios de la humanidad, para hacer que se bendiga la inspiracion católica del gran santo Vicente de Paul, que las instituyó con el fin